José Woldenberg: causas y nombres

Ciro Murayama

Nobleza obliga: semblanzas, recuerdos, lecturas es el nuevo libro con el que José Woldenberg escenifica una renovada batalla de su guerra intelectual contra el olvido. Woldenberg es refractario, como buen ateo, a toda visión adánica del mundo, al “presentismo” diría él, a la creencia de que todo empezó hoy y no tiene antecedentes, raíces, pasado: al contrario, siempre hay una historia, o unas historias, procesos de cambio, transformaciones —a veces sigilosas—, que desembocan en la realidad a la que nos enfrentamos. Woldenberg está empeñado en combatir la desmemoria: de ahí libros previos como *Historia documental del SPAUNAM* (UNAM, 1987) y *Memoria de la izquierda* (Cal y Arena, 1998) dedicados, precisamente, a poner a buen resguardo de la marea del Alzheimer colectivo el nacimiento del sindicalismo universitario en el post-68 o los primeros pasos de la unificación de la izquierda democrática en México.

En esta nueva obra, JW rescata a casi medio centenar de personajes, que van desde intelectuales destacados, hombres de la política, periodistas, escritores, directores de cine hasta a algunos amigos entrañables. Este libro entonces se construye a partir de la obra, de las contribuciones, de las biografías de otros, no del autor. Y eso nos adelanta parte del empeño de Woldenberg: interesar por lo que otros crean, escriben, edifican. Es por tanto un libro que habla de los nutrientes intelectuales de uno de los pensadores mexicanos indispensables para entender las transformaciones del país en el último tramo del siglo XX y las primeras dos décadas del XXI.

De hecho una de las tareas a las que Woldenberg lleva tiempo entregado a partir de su vocación lectora es defender el valor de los libros, que él considera las creaciones intelectuales más acabadas de aquel

que escribe. De ahí que JW se haya vuelto un experimentado presentador de libros y un prolífico reseñista. Esto es: dedica buena parte de su trabajo a conocer, diseccionar y difundir el trabajo y la creación de otros. Rescata el arte de la reseña y cultivando esa disciplina huye de la muy extendida mezquindad que hay en las ciencias sociales pero también en la literatura mexicana que consiste en no citar, no leer, no atender, no reconocer lo que otros están escribiendo, produciendo.

Nobleza obliga es, por tanto, un libro generoso, dedicado a reconocer, a defender del olvido la obra y trayectoria de gente a la que, como dice el propio autor, “algo” le debe intelectualmente hablando.

¿Qué tienen en común las cuarenta y ocho figuras centrales que habitan este nuevo libro de Woldenberg? Se trata, en todos los casos, de individuos sofisticados en sus ideas políticas y/o en sus gustos estéticos.

En el primer gran apartado del libro, titulado “Historias de un sueño democrático”, confluyen pensadores y políticos que o bien han hecho contribuciones a la democracia o bien a las causas de la izquierda, o a ambas en algunos casos.

Así, Woldenberg reconoce la oportuna influencia del turinés Norberto Bobbio, de su claridad y profundidad, de su vocación por construir una ecuación intelectual y programática donde la igualdad social como objetivo fuera conjugable con la libertad política. De Bobbio también rescata la capacidad crítica hacia algunos de los atavismos de las izquierdas y a la propia obra de Marx. Cito a JW: Bobbio “subrayaba que en Marx no se encontraba un modelo o siquiera los trazos fundamentales del eventual Estado socialista, porque al evitar el enorme y eterno tema de cómo se gobierna y centrarse en el quién gobierna, Marx había

dejado un hueco de tales dimensiones que había sido llenado con elaboraciones instrumentales como las de Lenin (el Estado como un simple instrumento de dominación)” (p. 20); “entendiendo que el régimen democrático supone participación, control del poder y libertad de disenso, y que sin esos pilares la organización política puede ser lo que se quiera menos democrática” (p. 21). De la obra de Bobbio, Woldenberg retoma lo que ha de ser el compromiso democrático desde la izquierda: “las razones de la superioridad democrática sobre cualquier otra fórmula de organización política debían ser integradas al proyecto socialista, que sería remodelado por ello mismo. Y que la libertad, el control del poder y la participación no debían ser ajenos al proyecto socialista” (p. 22).

La vocación antidogmática y antiortodoxa que Woldenberg ha desplegado como intelectual y en su momento como actor político del tránsito democrático, se alimenta también de reflexiones como las de Leszek Kolakowski: “Creo —nos dice JW— que la principal crítica de Kolakowski al marxismo (y en menor medida a Marx), como a cualquier otra ideología con pretensiones omniabarcantes, era la de responder a una sola pulsión, a una sola lógica, que al no mezclarse y conjugarse con otras necesidades y fórmulas de entendimiento de la realidad derivaba forzosamente en un dogma insensible a la complejidad de las relaciones humanas” (p. 70).

La necesaria conjunción o armonía entre los medios y los fines en la política se encuentra en la evocación de la obra del filósofo Adolfo Sánchez Vázquez. Cito a JW: “Si toda política, por su propia naturaleza se desdobra en dos dimensiones: la ideológica (‘constituida por los fines que persigue y considera valiosos’) y la ‘práctica ins-

trumental' (las acciones, los medios a los que recurre), suprimir su anudamiento o, peor aún, la escisión de cada una de esas dimensiones, no puede sino conducir a un utopismo estéril (quien se estaciona sólo en la dimensión ideológica) o al pragmatismo cerril (quien se ocupa sólo de los medios)" (p. 54).

Es a partir de la contribución de otro relevante filósofo, Carlos Pereyra, que Woldenberg hace una defensa de lo que es, frente a lo que no es, la democracia. En primer lugar es siempre política —en contraposición con el concepto equívoco de democracia social—; 2) la democracia es formal —en contraste con la idea de democracia sustantiva—; 3) la democracia es representativa —frente a la ilusión de democracia directa en las complejas y masivas sociedades contemporáneas— y, 4) por supuesto, la democracia siempre es pluralista (pp. 39-41).

Por otra parte, recordando los empeños intelectuales de Pereyra, Woldenberg reivindica la contribución histórica de la izquierda a la democracia por encima del pretendido monopolio con la causa de parte de los liberales. Fueron "los dominados los que a través de múltiples luchas habían generado un penoso proceso de acumulación de derechos. De tal suerte que hablar de democracia burguesa le parecía un sin sentido" a Pereyra nos dice Woldenberg (pp. 37-38).

De Arturo Warman, una voz sabia, le atraen el compromiso con el campo mexicano y el universo indígena, así como su renuencia a la simplificación sobre el mundo indígena, que en vez de ser homogéneo, estático y aun idílico, es diverso y complejo. Por ello, frente al EZLN, movimiento que ha sido motivo de análisis de otros libros de JW, coincide en el descreimiento en "identidades inmutables, ni mucho menos en atajos retóricos o en actos de magia política" (p. 18).

De Gilberto Rincón Gallardo, Woldenberg rescata, entre otras virtudes, su contribución desde el Partido Comunista al compromiso democrático de la izquierda. "El gran mérito del PCM de entonces (fines de los setenta) fue abrir el camino para que paulatinamente la izquierda pudiera trascender el discurso revolucionario y fuera capaz de valorar a la democracia como un medio y un fin. Y Rincón Gallardo fue uno de los impulsores pioneros y más lúcidos" (p. 122).

Al hablar de sus personajes, nuestro autor también nos permite conocer sus afinidades a la vez que algunas de sus obsesiones y molestias con la vida pública mexicana. En el texto dedicado a Carlos Castillo Peraza señala: "Contra la noción medianamente extendida de que las relaciones políticas tienden a ser conspiradoras, contra el columnismo insidioso que sólo puede ver en las relaciones de amistad fórmulas de subordinación o mafiosas, hay que insistir que se pueden y deben construir relaciones de respeto recíproco" (p. 33).

Con Granados Chapa, JW coincide en la pertinencia de la crítica, incluso o sobre todo, hacia las causas con las que uno se identifica. "El mejor aporte que podemos hacer a aquellas causas que compartimos es el de la crítica franca y abierta. Contribuir a crear contexto de exigencia intelectual es indispensable y necesario. Porque de lo contrario, individuos o agrupaciones acaban pasándose como portadores de todos los valores y pulsiones venturosas. Y eso, lo sabemos o intuimos, es imposible" (p. 93).

Por eso rescata no sólo la consistente trayectoria del líder del movimiento estudiantil de 1968 Gilberto Guevara Niebla (pp. 65-68), sino también su tesón para entender y volverse a explicar qué ocurrió en aquellas jornadas sin caer en la autocomplacencia a la vez que no ceja en su crítica a la violencia criminal del Estado.

En la misma noción, Woldenberg visita la obra del politólogo chileno Norberto Lechner para entender el rol de los intelectuales frente a la vida y la disputa políticas. Lechner alertaba sobre los riesgos de que los intelectuales se disciplinen y adscriban a la polarización política. En la polarización pierde la política porque deja de encontrar en la academia "puntos de referencia distintos, elaboraciones contra las cuales modelar sus pulsiones, sino (que pasa a encontrar) más bien ecos de sus propias apuestas" (p. 103); y en esa polarización-alineación la academia pierde porque el valor de las elaboraciones intelectuales no se mide por sus propios "hallazgos, descubrimientos o dudas" sino que son concebidos como simples instrumentos de la lucha política.

Woldenberg es un político, en tanto participa de la cosa pública, del debate abierto, y un analista de la política. Pero como

bien dice él, en el texto dedicado a Octavio Paz y sus desencuentros con la izquierda mexicana, "la política es imprescindible, pero no lo es todo" (p. 119).

De ahí que Woldenberg dedique el grueso de los ensayos sobre obras y personajes que conforman *Nobleza obliga* a Philip Roth (y a una de sus novelas, *Elegía*, sobre la vejez, la enfermedad, la agonía y la muerte), a Enzensberger y su ensayo sobre el perdedor radical; a los rodeos y coqueteos de William Styron con el suicidio; a la prosa de José Emilio Pacheco; a la biografía de Picasso de Norman Mailer; al fantástico narrador de historias que es Vargas Llosa; al primer Federico Sánchez de Semprún; a la provocadora literatura de Francisco Umbral; a las desgracias habituales de los habitantes urbanos de las que da cuenta Pérez Gay; a la puesta en escena de *Hamlet* por Juan José Gurrola; a *Los justos* de Margules; al *Apolipstick* de Monsiváis; y mucho al cine: a *Canoa* de Cazals, a *El violín* de Francisco Vargas; *Los olvidados* de Buñuel; el *Ensayo de orquesta* de Fellini y el Corleone de Francis Ford Coppola, entre otros.

En este libro encontramos las evocaciones de Woldenberg sobre dos camaradas de toda la vida, de Fallo Cordera y *El biólogo* Manuel Martínez.

En uno de los textos, dedicado a Enrique Krauze, director de *Letras Libres* —escrito y publicado por primera vez, por cierto, cuando Woldenberg era director de la revista *Nexos*—, JW escribe que se trata "de elogiar (lo digo sin rubor) un esfuerzo intelectual [el de Krauze y LL] que tiende a elevar el nivel de la discusión en muy diferentes campos". Que un intelectual reconozca la labor de otros, con los que ha disentido de manera abierta y enérgica en más de una ocasión, y que entienda que sin otras voces, otros referentes, otras perspectivas, otras sensibilidades, la vida intelectual propia sería un páramo nos confirma algo que intuimos desde hace tiempo: que Woldenberg es un ave rara, excepcional, en el mundo de la política y de la cultura en México, y que sus libros son anclas de lucidez, claridad y refinamiento ético y estético que ningún buen lector debe perderse. **U**

José Woldenberg, *Nobleza obliga: semblanzas, recuerdos, lecturas*, Cal y Arena, México, 2011, 264 pp.